

hubiéseis creído que era una joven parida que iba á levantarse á los dos días, ó una mujer perezosa que se estaba en la cama hasta el medio día. Mas no lo era por cierto: jamas estaba mano sobre mano, pensaba en todo, lo vigilaba todo, trabajaba entre sus colgaduras, á la luz del candil suspendido de la columna de la cama cuando todos dormían ya en la casa; hacia esfuerzos todas las mañanas por levantarse, cuando ninguno había despertado aun, esperando siempre que tal vez habrían recobrado sus fuerzas las piernas durante la noche, y cuando conocía que estaba como la vispera, lloraba un poco, luego se consolaba otro tanto, y aparentaba por último estar alegre para no entristecer á mi padre y á mi hermano cuando salían para su trabajo.

Mis dos hermanas mayores salían tambien para ir á cuidar las telas por la mañana, y desde allí á la fábrica. No se las veía sino á la hora de ir á comer, y á la hora de cenar. Iban vestidas como señoritas; querían á mi madre, que las había cuidado como á sus tres hijas; pero poseían algo por parte de la suya, y nos miraban con algun desden porque éramos pequeños, y nuestra madre no tenía mas que su belleza, su bondad y sus manos. Algunos domingos por la mañana las oí decir en el gabinete donde se vestían para ir á misa: «no quiero ponerme mas este adéfesio; este vestido está muy viejo; démosle á la niña; para ella está bueno.»

No eran malas, pero sí orgullosas para hijas de un vidriero.

IX.

La pobreza de mi padre era tal, que no podía pagar una criada á mi madre, y yo demasiado pequeña para cuidar sola de la casa. Sin embargo, las vecinas venían con gusto, cuando yo se lo pedía, á sacar para nosotros agua del pozo, á poner los leños grandes en la lumbre, y á alcanzarme los pucheros; mi madre y yo hacíamos lo demas. Desde que pude andar sola por la habitación, había sido yo la criada de mi casa, los piés de mi madre, que no tenía mas que los de su hija. Necesitaba á cada momento cosas que no podía ir á buscar á la huerta, al patio, al cuarto, á la

mesa, sobre cualquier mueble, y se había acostumbrado á servirse de mí antes de tiempo, como se hubiera servido de una tercer mano, y yo estaba orgullosa, niña como era, de ser necesaria, útil, una persona formal de la casa. Esto me había hecho atenta, reflexiva, grave, juiciosa antes de los ocho años. Mi madre me decía:

—Genoveva, hace falta esto, hace falta aquello; tráeme á Pepita sobre la cama, vuévela á su cuna y mécela con la punta del pié hasta que se duerma, ve á buscar mi calceta, arranca una berza de la huerta, ve al gallinero y mira si hay huevos en los nidos de las gallinas, echa leña al fuego, despuma el puchero que hierve, échale sal, estiende el mantel, friega los vasos, baja á la cueva, llena la botella de vino.» Y luego que estaba todo hecho, y se había comido bien, me llamaba y me decía: «Ven para que te vista y peine tus hermosas trenzas.» Me vestía, me peinaba, me adornaba, me besaba y me decía: ahora ve á jugar á la puerta con los niños de las vecinas, para que vean que estás tan limpia, tan bien vestida y peinada como ellos.» Y yo iba un momento por darle gusto; pero no pasaba del patio, para poder oír si mi madre me llamaba; y no permanecía allí mucho tiempo, pues los niños se burlaban de mí y unos á otros se decían: «mira la seria, no sabe jugar á nada, dejémosla.» Y yo prefería volver á entrar y estar de pié cerca de la cama de mi madre estudiando en sus ojos lo que pudiera querer. Así se pasaban todos los días; me levantaba la primera y me acostaba la última. No respiraba el aire mas que por la ventana, no veía el sol mas que por debajo de la puerta, y hé aquí, señor, la causa de ser tan blanca.

Decían á mi madre: vuestra niña tiene el color pálido. ¡Oh! no, respondía ella; es que tiene la vida pálida. Ni siquiera iba á la enseñanza.

X.

Aquella larga enfermedad de mi madre, reteniéndola tantos años inmóvil y ociosa en la cama, la había hecho instruida como

una señora y devota como una santa; y sucedía que los hijos de nuestras vecinas, que iban á la escuela, ó que volvían á pasar las vacaciones en casa de sus padres, prestaban por caridad sus libros ya usados á la pobre vidriera enferma, por conducto de mi hermano.

Por la noche, cuando mi padre, mi hermano y mis dos hermanas mayores habían vuelto á casa, nos reunía á todos al rededor de su cama, para leernos en alta voz las historias que había leído por lo bajo durante el día y que servían para instruir á mi hermanito, para divertir á mis hermanas y para consolar á mi padre. Eran capítulos de la Biblia en que se hablaba de pobres que ejercían honrosamente oficios penosos como nosotros, y que eran, sin embargo amados y visitados por el Señor; parábolas del evangelio con notas de sábios para que los ignorantes comprendieran su belleza; la historia del niño Jesus causando asombro á su madre delante de los doctores, por su ciencia, obedeciéndola en seguida humildemente en la casa, y manejando la sierra y otras herramientas en el taller de carpintero; despues, sus conversaciones y sus amistades con los jardineros y con las pobres mujeres de los arrabales de Jerusalem: otras veces eran libros escritos de un modo tal que hacían ver las cosas como imágenes ó cuadros puestos ante la vista, y que sonaban al oído como una música.

Aquellos libros referían la historia de un hijo, llamado Telémaco, que buscaba á su padre de isla en isla, y al cual le detenía siempre algun naufragio, aventuras, tentaciones y desgracias que hacían llorar, y que al mismo tiempo causaban placer: otras veces, eran la historia de un pobre *Robinson*, que había sido arrojado por la tempestad á un desierto, en medio de la mar solo con un perro y un pájaro, donde encontraba en su imaginación y en la gracia de Dios los medios de construirse una casa, de hacer un jardín, de proveerse de animales y de bendecir á la Providencia en su soledad.

Con semejantes historias nos recreábamos mientras mi padre arreglaba sus trastos para el trabajo y mi hermano cortaba sus

cristales con un punzon de diamante, como podíamos cortar nosotros un lienzo. Cuando la campana de la iglesia tocaba á las oraciones, se cerraba el libro, y nos íbamos á acostar para levantarnos de madrugada, sintiendo siempre que no se hubiera concluido la historia.

De este modo pasábamos las noches de invierno. Pero de día, cuando todos habían salido, y la habitación y la escalera estaban barridas, y el puchero cocía á fuego lento entre la ceniza, mi madre me leía á mí sola trozos mas graves y mas santos, que le gustaban mas porque no hablaban mas que de Dios y solamente á Dios. Le llamaban *La imitación de Jesucristo*, meditaciones sobre las enfermedades, sobre las aflicciones, sobre la muerte, sobre el cielo, y libros de rezo, cuyas páginas se veían marcadas por sus lágrimas y por sus dedos. En aquellas páginas aprendía yo á leer y á rezar; pues niña como era prefería aquellos libros á los otros, porque mi madre tenía el semblante mucho mas sereno y mucho mas consolado cuando andaba con ellos entre manos, y porque cuando la veía entristecerse hasta llorar por lo bajo quejándose de su situación, me bastaba abrir uno de aquellos libros para secar sus lágrimas y devolverle su sonrisa. Dispuesta de esta manera hacia mis rezos con mucho mayor fervor y placer al pié de su cama. Me imaginaba siempre que Dios estaba allí, que nos oía, y que al alzar mi frente apoyada sobre las colgaduras iba á ver á mi madre, aliviada y curada pidiéndome su vestido para andar como yo por la casa. Pero la voluntad de Dios no era mi voluntad de niña. Mi madre continuaba desfalleciendo al paso que yo crecía.

Aquella señora rezaba con un fervor que habría dado envidia á los ángeles. Y en nada gozaba tanto como en verme orar en su compañía. Me decía algunas veces: Genoveva, Dios quiere á los niños porque aun no han pecado. No puedo ir á la iglesia, que si pudiese, estoy segura de que conmoviera á este Señor y volvería curada; vé tú por mí; mañana te levantarás muy temprano, irás á oír en mi nombre la primera misa que el anciano cura dice á la hora del alba para los pobres que no pueden emplear mas que me-

dia hora al pié de los altares, la cual se llama la misa de los criados; rezarás mi rosario como si fuese yo. Dios tomará tal vez la presencia y la plegaria de la niña por la presencia y la plegaria de la madre. ¡Anda, hija mia!

Y yo iba, me levantaba sin hacer ruido, cogia mis zapatos en la mano para que no se oyeran mis pisadas, y me los ponía al final de la escalera; por fin entraba en la iglesia, cuando estaba á oscuras todavía. Las criadas y las señoras ancianas, se decían por lo bajo: «mirad, ¡qué buena es esta niña!» «Es la hija de la viudriera enferma, decían otras; viene por su madre, ¡pobre niña!» ¡Temprano sabe lo que es miseria; bien necesita de la misericordia de Dios!» Yo no me detenía á escucharlas; iba al sitio que mi madre me habia indicado, hacía un pilar en el extremo de la verja del coro, en donde habia una capilla titulada la capilla de las Curaciones; oía misa en la iglesia que estaba fria y oscura, alumbrada solo por los dos cirios del altar, rezaba siete ú ocho veces el rosario, esperando siempre que la última de sus cuentas seria la buena. Despues lloraba de impaciencia y de dolor como una niña. Finalmente, volvía corriendo á mi casa.

—¡Gracias, Genoveva! — me decía mi madre; — aun no estoy curada, pero me siento mejor; la hora de Dios no es nuestra hora; sin embargo, todas las horas que le consagramos nos son contadas, bien para esto ó bien para lo otro. Aguardemos con paciencia su momento. El que nos dá los días no nos los cuenta. Tal vez me tiene reservado uno que valdrá por mil, en cambio del que no ha querido concederme hoy.

Y emprendíamos ambas, más contentas, nuestra tarea de cada día. Creo que esto es lo que me ha dado cuando niña y despues, una gran afición á las iglesias, un gran placer de servir á los ministros de Dios, y lo que me ha inducido á hacer mi voto, como voy á contaros. Pero esto debe seros fastidioso, ¿no es verdad? Decídmelo con franqueza, y concluiré en pocas palabras.

—No, no, — la dije, — no me fastidia ninguna cosa que sale con verdad y con sencillez del corazón; referídmelo todo como lo

vayais recordando: los detalles, mi pobre Genoveva, no son más que los trozos con los que Dios forma el conjunto. ¿Qué sería vuestra vida si quitaseis de ella los días?

—Es cierto, — respondió Genoveva, — el señor cura decía bien. Un millón de yerbecitas forman un prado; millones y millones de granos de arena hacen una montaña. El Océano está formado de gotas de agua; la vida de minutos. Voy á hacer lo posible por acordarme.

Reflexionó un instante suspendiendo el movimiento de sus agujas de hacer calceta y cerrando los ojos. Despues los volvió á abrir y comenzó de nuevo la conversacion y el trabajo; pero su rostro habia tomado de repente una espresion más grave y más melancólica. Se adivinaba sin esfuerzo que iba á abrir algún seno cerrado, y tal vez dolorido de su memoria.

XI.

—De esta suerte vivimos, señor, cerca de diez años, sin que ocurriera ningún gran cambio en la casa de mi padre. Mis dos hermanas, á medias, se habian casado con empleados de ella y se habian llevado toda la propiedad, y una parte de los muebles que les pertenecian por su madre. Ya apenas venian á vernos; se avergonzaban de nuestra pobreza; nos despreciaban. Mi hermano habia llegado á la edad conveniente para el servicio militar.

Era el único obrero que tenia mi padre; un buen obrero que trabajaba como dos, que no se cansaba nunca y que servía sin salario. Habíamos reunido todas nuestras economías y vendido nuestras cadenas y nuestras cruces de oro, hacia cinco ó seis años, para comprarle un sustituto, si le tocaba la suerte; habíamos hecho decir muchas misas en Voiron y en la capilla de la gran Cartuja, para que sacase buen número, y para que no nos quitasen á nuestro único sosten; pero sacó un número muy bajo; Dios nos quería afligir; él es el señor, y es más sábio que la suerte. Los hombres

costaban aquel año mil y seiscientos francos, y nosotros no habíamos podido reunir mas que mil y cuatrocientos; de suerte que por falta de aquellos doscientos francos, partió el muchacho. Fue una desolacion para toda la familia; mi padre perdió el ánimo, mi madre adelgazó y palideció de tristeza; mi pobre hermana Pepita, que no tenía mas que once años y medio, era su único consuelo; pero por esto mismo su mas terrible cuidado.

Aquella niña, á la que mi madre habia mimado un poco mas que á nosotros, cosa que hacen siempre las madres con su último hijo, merecia en verdad esta preferencia.

Era hermosa como un ángel, viva como un pájaro, alegre y caprichosa como una niña. Era la muchacha que mas valia en todo Voiron. Mi madre y yo la vestíamos con complacencia como á una verdadera señorita, á pesar de lo poco que teníamos: cofia, vestido, encajes, zapatos con cintas, medias blancas. Como la llevaba así el domingo á la iglesia, las señoras se detenian y decian: Mirad que hermosa niña, ¿quién diria que es la hija de la pobre vidriera enferma?

La chiquilla lo entendia todo, y con algo de vanidad, se lo repetia todo á mi madre al volver á casa; le gustaba salir y presentarse hermosa para ser admirada; era natural. La sucedia lo que al pavito real que mira arrastrarse y brillar sus plumas sobre la yerba al sol; pero tenia tan buen corazón, que no por eso nos despreciaba, por el contrario, se estaba besándonos durante horas enteras; decia que era muy dichosa, porque las otras niñas vecinas nuestras no tenían mas que una madre, mientras ella tenía dos. ¡Ah, señor, la queria tanto! Era como hija mia; dormia conmigo desde que la destetaron. Yo era como mi padre, se lo disimulaba todo.

Al llegar á este pasaje, Genoveva se enterneció visiblemente, su voz se ahogó en su garganta, sus ojos brillaron con una ligera humedad, en que el rayo de la luz reflejó un brillo pálido como una estrella en el mar. Yo mismo suspiré involuntariamente, porque presentia alguna desgracia.

XII.

— ¡Ah, señor! — prosiguió la criada, — nuestra infeliz madre tenia mucha razon para estar inquieta por la suerte de Pepita, pues se sentia morir continuamente. Su enfermedad no era dolorosa; pero el fastidio la mataba, y ademas veia envejecerse á mi padre, y echarse sobre nosotros la miseria, principalmente desde que mi hermano solo ganaba su prest de soldado. Algunas veces me llamaba por la noche, cuando el padre y la niña estaban durmiendo, bajo pretesto de pedirme de beber, ó de que atizara la luz, ó de que diese vuelta á la almohada que tenia bajo su cabeza, ó de que leyese una oracion en su libro de horas. Pero únicamente era para hablar conmigo y no llorar sola. Me decia: perdona mi Genoveva que interrumpa tu sueño, que la miseria hace ya tan corto; solo contigo puedo abrir mi corazón.... Y á continuación me hablaba como si tuviese calentura, con los ojos brillantes, las mejillas encendidas, los labios secos, la palabra precipitada; me hablaba de mi hermano, de los temores que tenia de morir antes de que le dieran la licencia, y estuviese en disposicion de atender á nuestra subsistencia; de mi padre, cada vez menos ágil y menos útil para su trabajo, que se le acortaba mucho la vista, que rompía y perdía los cristales, y al que ya no llamaban como antes los parroquianos del campo; pero especialmente de la niña, que ocupaba la mayor parte de su pensamiento. Yo procuraba consolarla diciéndola, que era jóven, que era robusta, aunque no lo parecia, que estaba acostumbrada á trabajar, que me pondria á servir, ó ganaria un jornal como las lavanderas, que tal vez me casaria con un jóven honrado del pais, y entonces llevaríamos la niña á nuestra casa y la cuidaríamos con el esmero que á una hija propia.

— Sí, sí, me decia; Genoveva, prométemelo, júrame por la cruz de tu rosario que la servirás de madre, y que harás por ella todos los sacrificios que una madre haria por su hija.

Yo no encontraba dificultad en jurárselo, pues del mismo modo lo sentia; aquella niña era mi idea y mi corazón. Aquella niña era la locura de nosotras dos.

En seguida mi madre me besaba, y yo me iba á acostar otra vez contenta al lado de mi hermana, la cual no sospechaba seguramente que en aquel momento hablábamos de ella y llorábamos por su suerte.

XIII.

Luego que llegó el otoño, á la caída de la hoja, á las primeras nieves que cubrieron los lienzos en los prados, mi madre me llamó una noche con un acento de voz desconocido, que me hizo estremecer. Corri con los piés desnudos al lado de su cama.

Genoveva, me dijo, vé á buscar al cura en cuanto sea de dia; separa de aquí á tu padre y á Pepita con cualquier pretexto; no quiero que presencien mi agonía; sienta aquí, añadió cogiéndome mi mano y acercándola á su pecho, una cosa que me anuncia que he de morir hoy. No grites, no llores, hija mia, que los vas á despertar; corre esas colgaduras, y díles á tu padre y á tu hermana cuando se levanten, que voy á dormir.

Bajé al patio y me arrimé á la pared para llorar sin que me oyesen. Despues hice lo que mi madre me habia dicho. Llevé á Pepita á casa de una vecina que la enseñaba á hacer encaje, dije á mi padre que sus parroquianos de un punto algo distante le llamaban, porque la última granizada habia roto muchas vidrieras; colocó su caja de cristales sobre sus espaldas, y se dirigió hácia las montañas. El cura vino, confesó y dió la comunión á mi madre; esta no tuvo agonía, (¡su vida no habia sido otra cosa hácia mucho tiempo!) se estinguió tranquilamente, sola conmigo en el cuarto, sin cesar de encomendarme la asistencia de Pepita.

La hubiese querido ver, me dijo, pero tú la besarás por mí. Despues la puse el crucifijo sobre sus lábios; al besarlo me besó los dedos. Cuando dejé de sentir su aliento en mi mano, caí en

tierra al pié de la cama: ¡habia muerto! La velé y la enterré sin que hubiese nadie en la casa mas que yo.

XIV.

Los vecinos entretuvieron á Pepita y á mi padre hasta despues del entierro. Mientras tanto, yo todo lo puse en orden en la casa del mismo modo que lo estamos haciendo ahora aquí. Despues volvieron, ¡Ah! ¡qué triste fué siempre ver aquella cama con las cortinas corridas, y no oír mas salir aquella dulce voz que á cada momento decia, Genoveva! Mirad, no se lo habia dicho á nadie, pero á vos no quiero ocultarlo: muchas veces, en los primeros meses, cuando estaba sola en el cuarto, iba á entreabrir aquellas cortinas, y á decir en voz baja: Aquí estoy, madre mia, ¿qué quereis?

La pobre Genoveva, al decir estas palabras, la faltó el espíritu y sollozó un momento; despues se enjugó los ojos con la calceta de lana que estaba haciendo. Yo mismo no pude contener en mis párpados una lágrima que fué á caer sobre el cañon de mi escopeta puesto á enjugar al fuego entre mis piernas.

XV.

— Mi padre, continuó la criada, no pudo resistir aquel aislamiento. Verdad es que mi madre era su conciencia, su inteligencia y su voluntad. Por esto, tan pronto como ella faltó, no fué ya mas que un cuerpo sin alma. Ya no se estuvo en casa por la noche para pasarla al lado de aquella cama vacía. Salió de su trabajo para ir á distraerse á otra parte. Entabló malas relaciones, y se dejó arrastrar el pobre á los cafes y á las tabernas; se vició en el juego, se dió á la bebida, venia á casa tarde, no tenia amor al oficio, comió ó malgastó los mil y cuatrocientos francos que habíamos ahorrado para rescatar á mi hermano de la milicia, ó para dotar mas adelante á Pepita y á mí, y no tardó en embrutecerse con el aguar-

diente. Cuando yo le reconvenia respetuosamente al despertarse, «¡bah! me decia, tienes razon, pero el vicio puede mas que yo. Desde que no tengo ya conmigo á tu hermano en el trabajo, ni tu madre está en el cuarto, me fastidian el taller y la casa; no estoy alegre sino cuando no siento, tengo el alma en el vaso. ¡Vaya, déjame beber, que ya no será mucho; el tonel va menguando, y mas vale así! ¡La vida es amarga!» Algunas veces nos abrazaba á mi hermana y á mi antes de salir de casa, y luego nos decia: «Sed muy buenas, voy á rezar al cementerio, delante de la cruz de vuestra madre; volveré temprano, y trabajaré mañana:» y se marchaba. Pero acontecia á menudo que no volvia en tres ó cuatro dias. Una vez estuvo ocho dias sin parecer. Supimos que se le habia hallado muerto sobre la nieve, con sus cristales á la espalda, y sus cuartos en el bolsillo. No se sabia si se habria caido dormido sobre el camino, ó si le habria sorprendido la noche y enterrado la nieve. Quedamos solas Pepita y yo. Las vecinas nos llamaban, riéndose, la madre y la hija.

XVI.

Mi madre no me habia puesto á aprender ningun oficio, pero era preciso buscarse la vida y cuidar y educar á Pepita. Puse una tienda y me instalé en ella con mi hermana, que despachaba en el mostrador conmigo, ejercitándose en hacer encajes negros para las paisanas del alto Delfinado y del Valois. Tuve quien me adelantara una corta cantidad de mercancías que vendíamos á los revendedores de las montañas; botones de oro, cintas para los zapatos, ligas, polainas de lana gruesa como las que veis por aquí, que suben hasta mas arriba de las rodillas; papel, tinta, plumas, y algunas piezas de tegidos ordinarios blancos y azules, de que las montañesas se hacen los vestidos. Como yo no era fea, y la niña era bonita, hicimos bastantes parroquianos. Los habitantes de las alturas, que habian conocido á mi padre, iban á proveerse con preferencia á nuestra casa para la estacion de las nieves. Mas luego

que llegaba el invierno apenas vendíamos nada. Teníamos escasamente para vivir; y para ganar algo, cuidaba yo de la casa de las vecinas pobres ausentes, enfermas ó paridas, por la comida y seis ú ocho cuartos diarios, lo que querian darme. En todo cuanto les hacia les daba gusto, porque habia aprendido muy bien al lado de la cama de mi madre el mejor modo de entretener á una enferma, y de darla vuelta en la cama. Iba y venia varias veces al día á casa para ver lo que hacia Pepita, sola en ella, y para hacerla cenar y acostarse; despues me volvia á velar toda la noche á mis enfermas, sentada en una silla.

XVII.

De esta suerte pasaron dos años y todo iba bien; pero empecé á sentirme triste sin saber por qué. Debió consistir en que ya tenia veinte años, señor, y veia á todas las jóvenes de mi edad cortejadas por muchachos del país, y despues casadas con el que habian preferido entre los otros. Muchas veces me llamaban á las casas para vestir á la desposada, y mientras las muchachas de mi edad iban á la iglesia, hablaban con sus amigos ó bailaban, yo cocia las tortas ó estendia el mantel, sola con las viejas de la casa. Me hacia soñar el ver la felicidad en los rostros de aquellas lindas jóvenes, encendidos por la agitacion del baile, las cuales salian á cuchichear con sus novios al lado del pozo del patio, ó en medio de las flores del jardin. Luego reflexionaba interiormente y decia para mí: tendrán sus penas en la vida, es cierto, pero no estarán solas en su casa, solas en su trabajo, solas en su juventud, solas en su vejez, como yo cuando haya educado y casado á Pepita; tendrán al rededor de sí niñas como mi hermanita, que les calentarán las manos en invierno á la ceniza del hogar, que se prendrán á sus delantales, que las llamarán desde sus cunas por la noche y por la mañana para que las besen!... Pero yo!... no tendré mas, cuando Pepita me deje, que las cuatro paredes blancas del cuarto, el rumor de los tizones que se consuman en la chime-

nea en invierno, y el chocar de las moscas contra los cristales en verano! Estas ideas me hacian respirar algunas veces mas fuerte de lo que necesitaban mis pulmones; entonces la niña que me veía pensativa y me oía suspirar, me decia: pero ¿qué tienes Genoveva? ¿Te he disgustado?—No, hija mia, la contestaba besándola, al contrario, me causas mucho placer, te quiero mucho, sino que pienso en el tiempo en que no estarás ya aquí,—¿Y por qué no estaré? ¿Habrá un tiempo en que tú ya no me quieras?—¡Oh, no! la replicaba, mas vendrá un tiempo en que tú quieras á otros.

No me entendia la pobre inocente, y volvíamos á nuestro trabajo, ella mirando por la ventana y cantando, y yo mirando mi aguja y mi hilo, y ocultando un poco de agua dentro de mis ojos.

XVIII.

Mi melancolía se aumentaba siempre, y se hacia mas duradera hácia el fin del otoño, cuando los revendedores de la montaña que iban á mi casa á proveerse para el invierno de mercancías, de agujas, alfileres, estuches, dedales, volvian á sus pueblos para no bajar hasta la primavera. Acaso me preguntareis por qué. En un principio yo misma lo ignoraba; mas tarde lo he sabido por mi desgracia. Voy á deciroslo con franqueza.

Hizo una pequeña pausa, respiró mas fuerte de lo que tenia por costumbre, segun respiraba al lado de Pepita, y prosiguió:

XIX.

Escuchad, señor, voy á contároslo todo como á mi confesor. Nada tiene de particular, pero siempre causa pena tocar al corazón en el punto donde ha estado herido. Perdonadme, pero si no os confesara esto, no comprenderíais el resto, ni adivinaríais por qué he quedado soltera y me he puesto á servir al señor cura.

Pues bien, señor, continuó Genoveva con cierto esfuerzo, es

que había un jóven revendedor que me agradaba. —Y á quien vos agradabais,—la dije sonriéndome;—tan grave y tan severa y tan vestida de negro como estais, se conoce claramente en vuestra fisonomía que debeis haber tenido tambien vuestro mes de mayo.

Sea lo que querais, señor, sí, le agradaba. Sabed que desde la muerte de mi madre tenia menos pena que antes, ya no era despertada veinte veces cada dia, ya veía el sol, iba y venia al aire libre, en una palabra, me habia vuelto como las demas, me habian salido los colores, habia engordado algun tanto; daban los rayos del sol en mis ojos que hasta entonces habian permanecido á la sombra. Esto no duró, lo sé; pero hubo dos ó tres años en que no estuve descontenta. Los muchachos de Voiron se detenian para mirarme por el cristal de la ventana, el domingo, y oía que se decian: calla, ahí está Genoveva; parece que florece como su clavel rojo sobre su ventana, y que se atreve al fin á ser bonita. ¿Qué quereis que os diga, señor? Hay un dia de sol de estío para todas las plantas, aun sobre los Alpes, en donde el estío no hace mas que pasar. Aquel dia es el que dora las espigas pálidas en el momento de la mies. A mi me sucedia lo propio que á las espigas, y habia tenido como ellas, mi corto sol de belleza. Sin embargo, no brilló mas que dos ó tres veces sobre mi cabeza; y no me pesa, añadió con prontitud, ¡oh, no! no lo siento; he sufrido demasiado.

XX.

Existia, pues, un jóven revendedor de aquí, de esta misma aldea en que os hago tan mal esta relacion, solo porque os entretiene; existia, digo, un jóven, hijo del maestro del pais, y de esa anciana que vive allá abajo, y que veis pararse á hablar conmigo algunas veces en la puerta de la iglesia. Le llamaban Cipriano, y debía sustituir á su padre en el cargo de maestro de leer y escribir de los niños; mas entre tanto, era niño de coro y chantre en la iglesia, y recorría las montañas durante la semana para vender